cas del Descubrimiento de América y este a modo de prólogo constituido por las etopeyas de Colón, de los reyes del Descubrimiento, los Reyes Católicos, del papa del Descubrimiento —Alejandro VI— y que también incorpora un ensayo sobre el Emperador Carlos en la controversia de las Indias y una nota final sobre "la grandeza hispánica cuando los Austrias".

Vuelven a aparecer en el volumen, bien editado, algunas de las tesis más características del autor, expuestas con la misma pasión y competencia de siempre. Así, expone que, desechadas las explicaciones de simple aventura marítima renacentista, o de ambiciones económicas, el Descubrimiento fue presidido por el ideal cristiano medieval de Cruzada, con la concreta intención de frenar la expansión islámica: "A favor del ánimo levantado, producto de la victoria castellana sobre los musulmanes de Granada, se autorizó el proyecto de vincularse por mar con los míticos reyes de Indias y, en alianza común, caerle por la retaguardia al Islam y rescatar el Santo Sepulcro". Luego, advertidos los iniciales errores cosmográficos, no se torció el signo fundacional, como pudiera haber acaecido, sino que la cruzada se tornó en misión evangelizadora. Así pues, la tierra que pudo haberse llamado con justicia Cristianoamérica muestra la grandeza hispánica de la Casa de Austria.

Libro hermoso y entusiasta para un tiempo en que falta nos hace recuperar el signo de la hispanidad común.

MIGUEL AYUSO

Julián Casanova: LA IGLESIA DE FRANCO (*)

Un libro absolutamente sectario, anticatólico y antifranquista, que puede tener una segunda lectura interesante. El autor, profesor de Historia contemporánea de la Universidad de Zaragoza, parece especialista en anarquismo. O, al menos, a eso ha dedicado todos los trabajos que indica la contraportadilla del libro. Y, si de lo que hay en el corazón habla la boca...

(*) Temas de Hoy, Madrid, 2001, 323 págs.

Fundación Speiro

La tesis es sencillísima. La Iglesia española aprobó de todo corazón, la sublevación militar de 1936, bendijo sus crímenes y se aprovechó a tope de sus resultados. Pues..., casi sí. Sí a la primera, sin duda alguna. Sí a la tercera, sin duda alguna. No a la segunda, con algunas actitudes personales tal vez penosas. Y escasas.

La estupidez al uso ha llegado a convencer al estúpido habitual de que toda sublevación contra un régimen elegido democráticamente es el mayor de los pecados y la mayor de las barbaries. Y como entre bobos anda el juego, no llegan a entender que, según esa regla, no se podría intentar derrocar a Hitler, que fue elegido democráticamente. Cosa que les parecería maravillosa. Todo régimen malo debe ser derrocado por todos los medios legítimos, incluso los legales. Claro que este "malo" tiene sus graduaciones. Si es levemente malo, habrá que procurar desembarazarse de él en unas próximas elecciones. Y sin poner demasiada carne en el asador. Si es gravemente malo ya nos compromete más directamente. Debemos participar en las campañas contrarias, hacer propaganda activa para derrocarle, dedicar a ello trabajo y hacienda. Y si es malísimo, pues acabar con él como se pueda. Por supuesto que sin acudir a medios intrínsecamente perversos —terrorismo, por ejemplo—; procurando no causar peores males que los que supone ese mal régimen —para acabar con la dictadura de un Stroessner, traer la de un Stalin—, y siempre que sepamos que con nuestra acción tenemos posibilidades de éxito. Vamos, que no pueden cuatro católicos chinos, atacar la sede del Gobierno comunista. No conseguirán nada más que hacerse matar y represalias sin cuento sobre sus hermanos en la fe.

Pues esto es lo que impone la moral cristiana. Lo demás son consideraciones políticas. Riego contra Fernando VII, los sargentos de La Granja contra María Cristiana, Espartero también contra ella, Diego de León contra Espartero, y después Narváez, O'Donnell contra San Luis, Serrano contra Isabel, Pavía contra la República, Martínez Campos contra Serrano, Primo de Rivera, Sanjurjo, socialistas y nacionalistas en 1934, Franco y Mola en 1936... ¿Todos son criminales de guerra? ¿También Maciá, Companys, Prieto y Largo Caballero?

Fundación Speiro

Pero, el 18 de julio de 1936 "no era posible la Paz". No es un testimonio franquista, es de Gil Robles, proscrito de la España de la Victoria. Y aunque él no lo hubiera dicho. El odio sarraceno que mostraron unos con otros, u otros con unos, lo acredita de modo absoluto. La mitad de los españoles quería matar a la otra mitad. Y viceversa. Y así lo hicieron.

Es evidente, nadie lo pone en cuestión, que la Iglesia no participó en la preparación del Alzamiento del 18 de julio. En las conversaciones que hubo no participaron obispos ni delegados de éstos. Tampoco se alzaron los militares para defender los derechos de la Iglesia. Eran otros los motivos que les llevaron a la sublevación aunque, en no pocos de ellos, pienso en un Dávila, por ejemplo, pesarán también los agravios a la Iglesia. Y es cierto también que la inmensa mayoría de los católicos —es imposible precisar el número pero creo que más de un noventa por ciento—, pedían a Dios el golpe militar. Los testimonios son irrecusables. Hasta de monjitas de clausura.

Producido el golpe, y al no triunfar en los primeros días, se desata una hecatombe de cruelísimos asesinatos. No vacilo en la palabra: asesinatos. En ambos bandos. En el nacional se mata, en vergonzosos paseos, a los partidarios de la situación política derrocada: diputados, alcaldes, concejales..., sobre todo socialistas, y militantes de partidos y sindicatos de izquierda significados. En el rojo se hace exactamente lo mismo. Diputados, alcaldes, concejales, militantes carlistas, cedistas, falangistas, albiñanistas, de Renovación Española. Y, además, a militares, todos, salvo los adheridos a su bando; sacerdotes, todos; religiosos, todos; ricos, casi todos; católicos militantes, todos; simplemente católicos, muchos; aristócratas, casi todos; terratenientes, no grandes terratenientes, simplemente terratenientes, casi todos; profesionales, salvo los adscritos, muchísimos... Desgraciadamente no es una caricatura. Algunos se salvaron, en ambos bandos, pero esas pertenencias eran un seguro de muerte. Y ello, antes de que la Iglesia dijera una palabra sobre nada. Expectante pero sorprendida. Porque a la Iglesia no le dijeron ni el día ni la hora. Que se alegró del día. Es evidente en donde triunfó. En los otros lugares, ese mismo día comenzó su Calvario. Pero no un Calvario analógico,

Fundación Speiro

metafórico, no. Un horrible, trágico y glorioso Calvario de auténtica sangre, de horribles martirios.

España se despertó en un baño de sangre. Unos se apuntaron a él desde el primer día, otros quedaron sorprendidos y paralizados ante la tragedia. No era fácil la reacción. Para unos sí. Se dejaron matar, sin una apostasía, perdonando a los asesinos. A los otros les era más difícil la reacción. ¿Qué iba a hacer el párroco de un pueblo de la España nacional ante la noticia de que habían asesinado a uno o a tres de sus feligreses? Si ni sabía quiénes eran los asesinos. Aunque se los pudiera imaginar. Y, el obispo. Al que un día le llegarían noticias de lo ocurrido en la capital de su sede y, después, el rosario de los pueblos. En aquellas horas en las que no sabía bien quienes eran las nuevas autoridades ni cual era el plazo en el que ejercerían su autoridad... ¿Sería él el próximo "paseado" si el coronel o el comandante que habían proclamado el estado de sitio eran derrocados por los correligionarios de los "paseados"?

Pues, esta es la tesis principal del libro que comentamos. El silencio cómplice de la Iglesia ante los asesinatos de la España nacional. Ante los asesinatos "calientes", de primera hora, producidos en los primeros días del Alzamiento.

Los testimonios aducidos, sin referencias documentales, hay solamente un índice bibliográfico pero sin referencias en el texto al mismo, salvo la cita de algún autor que, en ocasiones no figura en la bibliografía, son por su ocasionalidad, deplorables. Entre los curas, como entre los notarios, los peones camineros, los ingenieros de Telecomunicaciones o los secretarios de Ayuntamientos, puede aparecer de todo. Santos, muy pocos, pasables, la mayoría, malos, algunos y pésimos, pocos. Pues la escasa nómina que facilita Casanova es deplorable.

Yo no sé si es cierto que Luis Fernández Magaña, "administrador del conde de Rodezno" y "coadjutor de la parroquia de Murchante" fuera el requeté que daba los tiros de gracia a una serie de presos de la cárcel de Tafalla que fueron "paseados" el 21 de octubre de 1936. Si así ocurrió, ¡pobre sacerdote! Y a lo mejor creyó que hacía una obra de misericordia aliviando la agonía de los moribundos. Malvados, o enfermos mentales, los hay

Fundación Speiro

en todos lados. Pero un caso entre miles y miles de sacerdotes, ¿qué dice? Estoy seguro de que habrá alguna fulana entre las mujeres de los diputados socialistas, o entre las de los abogados del Estado, o entre las de los oficiales de la Guardia Civil ¿Dice ello algo sobre las restantes? Evidentemente, no. Los otros casos aducidos no certifican nada más. Y estamos seguros de que si Casanova pudiera aportar mil ejemplos más los hubiera aportado. Basura, miserias humanas, y escasísima basura y escasísimas miserias. Tuvo que haber más. Seguro. Pero también estoy seguro de que, dado el inmenso amor que esta gente tiene por nuestra Santa Madre Iglesia, cuando no pueden aportar más casos es que debió haber poquísimos más.

Constan, en cambio, actuaciones de signo contrario a las aducidas por Casanova. Y, alguna, la aporta él mismo. Aquel gran hombre de Iglesia que fue el entonces obispo de Pamplona y, después, arzobispo de Valencia, Marcelino Olaechea, el 15 de noviembre de 1936, protestaba contra la sangre derramada fuera de las trincheras. Podríamos aducir bastantes más. Mencionemos solamente al obispo canario Pildáin, que con su valiente actitud, incluso con presencia física, clausuró una penosa sima isleña.

En cuanto a lo de bendecir el alzamiento... De todo corazón. Era una cuestión de supervivencia. No ya personal. Que también. De la religión en España. Era ello tan evidente que hasta el mismo Casanova viene a reconocerlo.

Su capítulo sobre el martirio de la Iglesia española, en el que sigue fundamentalmente a Antonio Montero, es concluyente. Y lo mejor del libro. Claro que podría decir mucho más, hasta trescientos, o trescientos mil, libros más, pero lo dicho, dicho está. Y es bastante concluyente.

¿Franco se benefició del apoyo de la Iglesia? Claro. ¿La Iglesia se benefició del franquismo? Mucho. Pues, si estamos de acuerdo, ¿para qué comentarlo más? Matices, muchos. Pero el libro, creo que no vale la pena que le dediquemos más atención. Lo que a él le parece bueno, es malo. Lo que a él le parece malo, es bueno. Lo del final, ¿concluida la guerra o, algo antes, ocupada la zona roja? Tampoco quiero entrar en ello. Certificar que un asesino era un asesino era hasta una obligación moral. ¿Que a

Fundación Speiro

Casanova le hubiera gustado que todo cura mintiera diciendo que era un santo quien era un asesino? No lo podemos asegurar ¿Imaginar? Que cada cual piense lo que quiera. ¿Que la represión fue dura? Estamos seguros. ¿Pudo ser más benévola? Ciertamente. Pero también estamos seguros de que hubo asesinos que tuvieron mucha mejor suerte que aquellos a los que ellos asesinaron.

No deseamos buena suerte al libro de Casanova. No la merece. Pero, publicado, estamos seguros de que habrá lectores que serán capaces de entenderle bien. La historia pesa más que el oportunismo político de algunos historiadores.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

AA.VV.: LA DIFESA DEL REGNO: CAETA, MESSINA, CIVITELLA DEL TRONTO (*)

El libro reúne cuatro estudios sobre los últimos momentos del Reino de las Dos Sicilias. En el primero Silvio Vitale, la figura más representativa de la historiografía napolitana tradicionalista, presenta la situación del Reino en el momento de la agresión piamontesa, mostrando la falsedad de los tópicos de la versión oficial del liberalismo y, en consecuencia, la situación normal y próspera del Nápoles del segundo tercio del siglo XIX. En el segundo, y más extenso, Maurizio Di Giovine, conocido por su volumen sobre la República partenopea de 1799, trata de la defensa militar, con particular referencia a la resistencia en Gaeta, Messina y Civitella del Tronto. Se ocupa luego de la prolongación bélica en el denominado "brigantaggio". En el tercero, Gennaro De Cresenzo, autor también de un libro sobre los sucesos de 1799, se ocupa del carácter popular de la defensa del Reino. Mientras que, en el cuarto, Giovanni Turco expone el juicio que la gran revista católica del momento, *La Civiltà Cattolica*, de la Compañía de Jesús, dio sobre los sucesos bélicos.

(*) Il Giglio, Nápoles, 2001.

Fundación Speiro